

***Scientia Potentia Est*¹**

Cuando Francis Bacon consagró la idea del saber como fuerza, lo hizo con la aleccionadora densidad del aforismo. La compactación de un mundo de ideas en una oración de tres términos redundaba en un enunciado de máximo peso específico. Y es a partir del carácter mercurial de la aserción abreviada que conviene apreciarla en su justa medida estratégica. En otras palabras, urge aquilatar la extensión teórica y práctica de la sentencia baconiana a la luz de los retos experimentados en la actualidad y de los desafíos percibidos en el porvenir. Con un agravante de fuste. Los tiempos que corren no solo desconciertan por la complejidad y diversidad de sus dinámicas. El día de la fecha tensiona nuestras modestas aptitudes comprensivas por vía de la aceleración en el flujo de uno de sus elementos constitutivos ya mencionado: el tiempo (que vuela). Lo contemporáneo muestra un viso vertiginoso. El prodigioso aumento de la velocidad en que se despliega la competencia internacional le imprime una cualidad de desconcertante fugacidad a los acontecimientos. Aun los eventos duraderos en su desarrollo acusan el debido recibo de lo evanescente. Una circunstancia en todo sentido desafiante, pues las disposiciones adoptadas en política exterior, y especialmente en Defensa Nacional, exigen previsiones de largo plazo. Algo por demás improbable en un mundo donde la estructura previsible de los procesos se reduce a la coyuntura efectiva de los sucesos.

1 El conocimiento es poder.

Lo efímero de las presentes composiciones de lugar estratégicas convive con lo difuso de sus modalidades conflictuales. Trascendiendo las reducciones analógicas de “beligerante o incruenta”, sin por ello descartarlas, el cada vez más presuroso choque armado entre agendas contrapuestas revela la verdadera trama del dramático concierto global. Máxime en conocimiento de que las principales guerras internacionales activas en este momento se muestran, lamentablemente, sin asomo de conclusión a ojos vistas. Atentos a que la noción de “hibridez” reporta el signo de los tiempos bélicos, urge señalar las dificultades analíticas desprendidas de su tan escurridiza manifestación empírica. El propio concepto resiste los usos y costumbres empujados en la definición de las clasificaciones usuales y, reñida incluso con el propio contenido, su siempre cambiante materialización polemológica puede llegar a revelarse en un inesperado formato convencional. ¿Qué otra cosa puede significar la invasión rusa en territorio ucraniano sino una guerra de desgaste a la vieja usanza interestatal encaminada con el competo abanico de recursos contemplados en lo híbrido? ¿Asistimos entonces a la regresión de lo híbrido hacia lo convencional o lo convencional marca una etapa dentro de lo híbrido? Otro tanto podría señalarse en la multitud de frentes en los que Israel lucha por su existencia. Acaso los dilemas emergentes de la aplicación de la categoría revelen su operatividad. Quizás el modo más adecuado de aproximarnos a la explicación de la realidad sea reconociendo la crónica insuficiencia de las herramientas mentales aplicadas y, partiendo de ese vértice de humildad epistemológica, pulir sin cesar los sucesivos instrumentos de pensamiento con la durísima lija de la experiencia.

Cabe pues una nota antropológica, en el sentido filosófico de la expresión. Los seres humanos hemos dado probada evidencia histórica de nuestro conflictivo ADN gregario. La marcada predisposición a la pendencia aparentaría ser el común denominador compartido por encima de las diversidades socio-culturales que pueblan el orbe. Todo indica que Heráclito tenía razón cuando en el fragmento 57 postulaba

que el *polemos* es el origen de todas las cosas. Una expresión oriunda del griego antiguo que de consuno se traduce como "guerra", cuando una etimología más refinada la equipararía con la noción castellana de "discordia". La aclaración acude con ánimo ordenador y aliento programático. Toda guerra nace de un autoevidente principio de discordia que la motiva. Pero no toda discordia conduce, gracias a Dios, a una guerra. Así las cosas, asumir a nivel analítico el trasfondo existencial descrito por El Oscuro funda el punto de partida para cierta visión del mundo y, sobre todo, de quienes lo poblamos. Verbo este último que para bien o para mal siempre debe conjugarse en primera persona del plural del presente indicativo por la simple y llana razón que no estamos solos. Entonces se impone un interrogante de talante casi autoevidente. ¿Cómo compatibilizar nuestra tendencia innata hacia el antagonismo con la ineludible necesidad de coexistencia con quienes son distintos? En primer lugar, apelando a todos los recursos disponibles para transformar las diferencias en complementariedades. Un esmero que en lenguaje de prosapia político-institucional bien puede designarse como "diplomacia".

Sabemos desde antaño que los constructivos afanes de mediación presumen plena eficacia en una multitud de propósitos. Impulsados por los baqueanos en asuntos de cancillerías, el quehacer de las embajadas acostumbra obrar el portento de suavizar arideces y ensamblar disparidades. De hecho, la diplomacia en su versión de plena sofisticación corona logros estructurales. Mas no en el sentido de alcanzar acuerdos de carácter irreversibles, sino en el de hacer cumbre en entendimientos de naturaleza duradera. Pero leídos sin ingenuidades, los anales de la historia transmiten una enseñanza tan dura como la de la experiencia real. El diálogo y la mediación se muestran como mecanismos imperfectos para resolver todas las discordancias reconocidas por Heráclito cual génesis del acontecer. Huelga decir que los reveses en las negociaciones no hablan *per se* de la hipotética falta de idoneidad de los representantes, sino que aluden con crudeza a la configuración humana en lo tocante a la adminis-

tración de las contrariedades. La tramitación cabal del caudal de desacuerdos puede y suele desmadrarse en entredicho y anegar con sus aguas revueltas los campos pacientemente labrados con el recurso de la concordia. Y las aguas, como reza el afamado saber popular, bajan turbias. Despojado de los ropajes protocolares propios de las buenas tradiciones entre grupos humanos en contacto, la convivencia tuvo, presenta y mostrará textura áspera. Lo que no induce a asumir como ineludible la lógica litigiosa. El pesimismo heraclíteo como plomada de un humanismo pragmático se pronuncia como sincera admisión de nuestra inclinación hacia la gestión pugnaz de nuestras diferencias. Empero, dimensionar nuestra íntima catadura hostil dista de inhibir la germinación de interacciones mutuamente productivas. Antes bien, notificados del trasfondo confrontativo como clave de bóveda de la cohabitación, y dando por sentado que no vivimos solos, se colige una derivación.

La oportuna articulación de los ámbitos de encuentro merced a maniobras de complementación y asistencia recíproca da pábulo para la confección de abordajes cooperativos -aunque siempre suspicaces- como senda mancomunada de construcción conjunta hacia un futuro común. No obstante lo luminoso de un posible porvenir conjunto, persiste la necesidad de mantener recursos de disposición unilateral. En la persecución de la mayor dosis de autonomía posible se evidencia una precaución estratégica irrenunciable. Cónsono con la vocación de diálogo, el acopio de capacidades propias describe una conducta validada por la perspicacia y aconsejada por la prudencia. Si en un mundo competitivo bregamos esperanzados por congeniar con los demás, al propio tiempo la sagacidad invita a pertrecharse y la cautela a guarnecerse. ¿Cómo balancear la compleja ecuación entre una antropología pesimista como axioma, las ansias idealistas a modo de elemento contingente y la salvaguarda realista a guisa de factor *sine qua non*? De cara a la desmesura de la exigencia asoma la audacia del afán estratégico como fibra íntima de la praxis soberana. Un atributo político unitario de fisonomía

multifacética que emergerá como conducta eficaz y eficiente en procura de los objetivos perseguidos, a condición de imbricar con acierto situacional los tres campos colindantes en que se divide el poder de un estado frente al mundo: Diplomacia, Defensa e Inteligencia. Lo que bien puede emparejarse a la institucionalización de las capacidades en materia de persuasión, coerción y anticipación.

La tríada de vectores con que un país puede y debe impulsar la proyección de su agenda de inserción internacional traza un horizonte de pensamiento plagado de dificultades. Cada repartición ya es en sí misma un fárrago de desafíos y requiere de políticas de estado para el efectivo cumplimiento de sus misiones y funciones. Ergo, la sola expectativa de coordinación hace prever la escala del reto trans-institucional que desde antaño recibe la etiqueta "interagencial". Sin embargo, el requerimiento de compaginación impone su supremacía como premisa para la protección y promoción de los propios valores e intereses. Por ello lo utópico tiene que avenirse a lo factible. Porque el tenor del motivo que lo exige sobrepuja por definición la importancia de los escollos sembrados en el camino de la realización nacional. La chance de abarcar lo excesivo dependerá de nuestro nivel de adhesión al menester sistémico. Tenemos que pensar y actuar de manera tal que las relaciones tendidas entre los pilares del poder estatal generen un efecto sinérgico. O sea, que el quantum de poder emergente de lo interagencial supere la simple suma de las contribuciones particulares. Lo sistémico trocará una adición en una potencia en la medida que sepamos poner el conocimiento al servicio de la acción. En este punto irrumpe una incógnita ubicada justo entre la intención sistémica y su efectiva conversión en capacidad. ¿Cómo convertir lo aritmético en geométrico? Operacionalizando el debido conocimiento organizacional tanto al interior de las indicadas carteras del ejecutivo como, esto es de importancia crítica, en los goznes político-normativos que los encastran. Lo que nos devuelve a Bacon, ya que el imperativo estratégico de armonización entre Diplomacia, Defensa e Inteligencia configura-

rá un dispositivo de producción de poder incremental en la medida que nuestro saber intelectual y profesional esté a la altura de la compleja labor a efectuar.

Pensar la complejidad es, qué duda cabe, un asunto espinoso. En lo que hace a nuestros fines podríamos bosquejar una definición sinóptica: el grado de complejidad de un problema es directamente proporcional a la cantidad de variables interdependientes implicadas en su diagramación. La idea invita a conjeturar un gradiente prolongado entre los polos "simple" y "complejo", donde el sentido de cada instancia intermedia represente un incremento progresivo del número de variables interdependientes entrelazadas en la configuración de una situación o entidad puntual. En consecuencia, el control de las tesituras complejas solicita una utilización sistémica de los dispositivos de intervención puestos a disposición para obtener el "plus" de rendimiento albergado en lo sinérgico. Lo que en asuntos geopolíticos se traduce en gozar de la aptitud para A) acoplar los medios institucionales y humanos en el fuero interno para proceder en la órbita externa con racionalidad sistémica, B) impulsar en todo momento las causas argentinas con sentimiento patriótico y C) evaluar cada paso dado con tenaz espíritu crítico. Manejar con solvencia los términos listados equivaldrá a mostrar competencia, fluidez si se quiere, en el lenguaje estratégico. Un código multiforme que en su verdadera magnitud semiótica comprende un universo expresivo de completa heterogeneidad donde 1) se dan cita desde las acciones simbólicas no verbales como izar una bandera, 2) incluye los hechos de habla efectivos, pronunciamientos políticos domésticos, en el extranjero y en foros multilaterales, 3) congrega el arco de conductas visuales, orales y prácticas que van desde lo sugestivo a lo insidioso, 4) admite las operaciones clandestinas de espionaje, sabotaje y acciones encubiertas, 5) engloba la alternancia y/o combinación de sutiles mociones de inducción, opacos hechos de colusión y groseros actos de compulsión y 6) llega hasta el uso de la fuerza militar pura y dura.

Conjeturar el registro estratégico en clave comunicacio-

nal, entendiendo que arrojar una bomba atómica también sería un “mensaje”, alumbrando una perspectiva lingüística. En ella, la gramática interactiva de la competencia internacional adquiere sentido y dirección en la medida que el compromiso ciudadano aliente la sintaxis de nuestras fatigas. Entonces, si imaginamos la geopolítica como el plano discursivo donde se emiten los asertos estratégicos, bastará con recordar que “no estamos solos en la charla” (caso contrario sería un monólogo) para prever, aunque sea en parte, el conglomerado de signos/oposiciones que por azar o premeditación serán enunciados/interpuestos por otros entre nosotros y nuestras metas. El diálogo contencioso entablado entre maniobras en colisión engendra una polifonía permanente en la que la voz cantante de cada intercambio la ostentará quien cuente con más poder. Lo anterior vale con una salvedad estilada contra la reducción del concepto a su expresión material. La reificación de la capacidad para imponer nuestros argumentos en la discusión estratégica oculta una obviedad de consuno pasada por alto. El poder trasciende lo meramente fáctico. Como con tino estableció Bacon, el saber, y el “saber hacer” como veremos más adelante, forman parte indisoluble de su composición. Y de sustanciarse en su debido volumen, entrañará el diferencial necesitado para hacer cumplir nuestra voluntad. El poder como tándem de lo volitivo (querer hacer algo) con cierta clase de vigor (poder hacer algo) precipita en los actos (en efecto hacer algo) por vía del albedrío (decidir hacer algo). Un “algo” deseado, planeado, resuelto y ejecutado. En resumen, un algo “podido”, a condición de que en la diacronía de los hechos, parafraseando a Weber, se verifique la capacidad de un actor para prevalecer contra la legitimidad y/o resistencia introducida por la o las contrapartes a lo largo del arduo debate estratégico.

El saber será efectivamente poder en la medida que informe los requisitos para la acción. Por consiguiente, bien glossado, el saber que predicaba Bacon es antes que nada un saber accionable. Elucidación que nos devuelve por última vez a Weber cuando este hablaba de la *Verstehen* como vértice de

su marco teórico. A diferencia de lo detectado en la labilidad semántica de *polemos*, la adecuación del término alemán a nuestro idioma surge a derecho con la apropiada voz “comprender”. Pero al igual que en su sentido auténtico *polemos* habla de “discordia”, que contempla “guerra” sin circunscribirse a ella, el significado conceptual de *Verstehen* anuncia un tipo de comprensión peculiar. “Comprensión” como vehículo para estar en aptitud de “saber hacer” (en esto hay una fuerte nota del *Dasein*/estar-ahí heideggeriano cuyo tratamiento dejamos en suspenso por economía de espacio). En lo concerniente a la mirada geopolítica, la comprensión sociológica se equipara a “contextualizar”. En otras palabras, comprender conduce a enmarcar geopolíticamente las maniobras estratégicas pergeñadas en aras de juzgar la viabilidad de las propuestas. A saber, el examen practicado sobre el diseño de una maniobra cobra sentido en las coordenadas de poder donde será instrumentada, siendo el baremo de su potencial efectividad las repercusiones esperables de su materialización en cierto encuadre y no en otro. Una disquisición estratégica *in abstracto* del escenario geopolítico donde prevemos inmiscuirnos no entraña un ejercicio mental donde sopesar las derivas esperables de cierta intervención. Tamaña fabulación expresa una lisa y llana impropiedad. Por contra, poner en estado de situación geopolítica la propuesta estratégica somete la discusión a los sucesivos tamices que separan el presente, entendido como el estado de cosas real a modificar, respecto de un futuro deseable esculpido en el material de lo posible, lo factible y lo probable. Abandonamos el reino de lo imposible por tratarse de la comarca de la irresponsabilidad y descartamos lo certero porque en, estrategia y geopolítica, eso básicamente no existe.

Las nociones ideales de Saber y Poder moduladas en términos estratégicos como saber accionable alumbrarán sobre el terreno de lo concreto una consecuente acción meditada. Lo que es decir, una concomitante praxeología (*sensu* Raymond Aron). Sobre el suelo de los hechos, el evento praxeológico aborda la comprensión del escenario con severidad analítica

y ánimo revisionista en pos de ingeniar un curso de acción conducente a forjar una ulterior circunstancia pretendida. Emplazada en su debida órbita disciplinaria, la terna Saber, Poder y Acción viene concatenada con el mismo rigor secuencial que Geopolítica, Estrategia y Praxis. Con una peculiaridad. El saber es transversal a cada compartimentación. Pero con el correr del proceso estratégico migra de la condición de sustantivo a la de adjetivo de enunciados binominales que en su precisión clasificatoria se revelan como conceptos. En el lenguaje estratégico observamos que en el saber accionable el conocimiento aparece como la persona de la oración y en la acción meditada como atributo. Lo mismo ocurre, al revés, en el conocimiento accionable. Allí el conocimiento es el sustantivo y lo meditado, en el sentido de "sapiente", funciona de adjetivo. El refinamiento científico de cualquier código comunicativo prospera con la elucidación de sus nociones en conceptos. Con la transformación de lo vago en preciso. Sofisticación alcanzada con la disminución de lo que una voz connota por asociación y el incremento de lo que denota por definición, a través de la determinación de las condiciones suficientes y necesarias para habilitar su empleo. Como bien sancionó Wittgenstein, el significado de las palabras está en su uso. Por tal motivo postulamos el saber accionable y la acción meditada como conceptos del lenguaje estratégico. Porque con la concisión requerida en la tarea, hablan de cuestiones muy específicas a partir de su utilización.

Estipular que el pensamiento y la acción se entreveran hasta el punto de la indistinción traza un horizonte reflexivo rebotante de posibilidades y saturado de dificultades. Bajando del solemne emporio de las ideas al basto fragor de las realidades descubrimos una República Argentina aquejada por doquier de dilemas cuasi irresolubles en lo tocante a sus vectores estratégicos de proyección internacional. Añeja acumulación de desinversión (valga el oxímoron) en Defensa Nacional, Sistema de Inteligencia en pleno rediseño y una diplomacia embarcada en la borrasca internacional más tempestuosa de la que se tenga memoria reciente. Para más inri

estatal, las restricciones económicas prescriben las soluciones inmediatas de las carencias padecidas por el instrumento militar, el nuevo sistema de inteligencia debe transitar la curva de aprendizaje de su nuevo esquema institucional y los diplomáticos tienen que lidiar con un descalabro generalizado. En su conjunto el rango de los retos coyunturales enrostrados amenaza con inhibir las reformas requeridas en el orden estructural. Con un pasmoso agravante indicado *ut supra*: vivimos en tiempos geopolíticos acelerados hasta velocidad de vértigo. Frenesí que desvanece cualquier esbozo de perduración en el orden de cosas percibido en los ámbitos donde nuestros valores e intereses entran en juego. La tarea de potenciar la Patria hasta promoverla al culmen de sus posibilidades aparentaría ser un despropósito a juzgar por el tenor de las problemáticas en las que nos hallamos inmersos. Pero nada está perdido. A la historia me remito.

Mucho antes que nosotros, otros argentinos lucharon con denuesto heroico ante lances asaz difíciles. De hecho, lidiaron con momentos infinitamente más críticos que los actuales y, a fuerza de determinación, vencieron allí donde el raciocinio invitaba a la sensata rendición. Lo que nos depara una enseñanza. Es en el diferencial de voluntad donde Argentina acostumbra aventajar contrincantes y sobrepasar contrariedades. Por eso en trances de angustia como el que nos aflige podemos evocar las palabras de los grandes y traer a colación la arenga que San Martín le dirigió por escrito a Godoy Cruz en los prolegómenos de la Declaración de la Independencia. "¡Animo! Que para los hombres de coraje se han hecho las grandes empresas". El llamado al heroísmo inflamó los espíritus de los congresales en Tucumán y sin solución de continuidad soliviantó los ánimos del ejército que El Libertador creó a los pies de los Andes. Portento militar gestado a partes iguales de disciplina y arrojo que en su epopeya revolucionaria liberó medio continente y cuyas hazañas instaron, mueven y convocarán a nuestro pueblo a profesar un credo de superación. Esa misma llamarada de vitalidad prendió en el corazón de otro Padre de Argentina que, sin serlo de la Patria, lo fue

de las Aulas. Porque en condiciones por completo adversas, sufriendo destierro y padeciendo persecución, Sarmiento inmortalizó a comienzos de su *Facundo* una idea-fuerza idéntica a la que San Martín estampó en su misiva: "¿Acaso porque la empresa sea ardua es por ello absurda?"

Que las palabras incendien los corazones se explica en que los términos revelan convicciones. Mejor dicho, ciertas expresiones elevadas cuentan con la potestad de dar voz a determinadas creencias profundas. El cruce virtuoso entre las líneas del discurso y del ideal precisa el punto donde la decisión se constituye en acción. No a la sazón referimos más arriba la idea-fuerza como representación conceptual común del llamado sanmartiniano y sarmientino a la praxis. La conexidad trasciende la ostensible coincidencia lexicológica constatada entre citas separadas por 29 años de distancia. Sin desmerecerla, la emplaza en el terreno de lo fortuito. En su majestad, el dúo de afirmaciones mentadas impone en los ánimos la solemnidad propia de los grandes acontecimientos. Sostener que preludiaban episodios de memoria perdurable autoriza a escrutar el temple duradero de su confección compartida. Al hacerlo nos topamos con un retorno de los hechos discursivos al plano de la teoría estratégica. Porque reducidos a su mínima expresión, el saber accionable y la acción meditada de San Martín y Sarmiento son caras inescindibles de una misma moneda praxeológica. O si se quiere, instancias iterativas en una única senda estratégica en camino hacia el mañana geopolítico. Sendero labrado en el mismo andar, visto y considerando que al rumbeo en dirección al futuro debe abrirse paso en un territorio desconocido a fuerza de ideas que preludien acciones y por mor de acciones que auguren ideas. Lo que nos devuelve una vez más a Sarmiento quien, a los pies de los Andes, a punto de cruzarlos en soledad, acosado por enemigos implacables que buscaban su sangre, antes de partir por segunda vez al destierro, escribió en francés bajo el escudo nacional que guarnecía su morada en los Baños de Zonda una inmortal declaración de principios: "Las ideas no se matan".

La intensidad del paralelismo de Sarmiento con San Martín llega al extremo de insinuar la latencia de un misterioso símbolo de patriotismo en el periplo transcordillerano. Omitiendo la posible exégesis de lo que encierra el paso de los titubeantes mortales a través de los colosos inmovibles, lo que sí captamos con claridad es que por encima del trasiego nacional rastreable en la moción recursiva de saber accionable y acciones meditadas sobrevuela un sentir superior que fusiona teoría y praxis al calor de la bravura. Si las ideas no se matan es porque viven de una forma privilegiada, eximida del ocaso, y todo lo que vive, actúa. Más todavía lo que, como las verdaderas ideas, no puede languidecer y extinguirse. Y la gran idea de nuestro País es, justamente, nuestro País. La Patria es ante todo y sobre todo una idea de la cual los argentinos somos al propio tiempo progenitores y herederos. Fogosa realidad supra-histórica de trascendencia laica que por su condición de acción continua desplegada en un presente ininterrumpido debe ser conjugada en indicativo: somos La Patria. San Martín, Sarmiento, Roca y nosotros somos La Patria porque son nuestras acciones las que le dan forma y destino. Que la actualidad sea pasado y futuro excede nuestra aptitud racional para figurarlo. Pero colma nuestra sensibilidad para experimentarlo. Sabemos que algo es cierto sin poder exponerlo. La paradoja de la certeza inefable fue cantada por alguien cuya inteligencia lo coloca en la cumbre de nuestros orgullos. Cuando Borges celebró el sesquicentenario de la Declaración de la Independencia con un poema tan perenne como el fragor que emana de las esquelas de San Martín y Sarmiento, resumió con maestría inigualable lo que los modestos comentarios aquí vertidos no aspiran siquiera a insinuar. Cerremos entonces el escrito con estrofas que ayer, hoy y siempre vibran en lo más íntimo de nuestro ser, confiando en que la pluma del Genio alcance para instarnos a redoblar esfuerzos por construir de común acuerdo un venturoso mañana de grandeza para la República Argentina.

La patria, amigos, es un acto perpetuo
como el perpetuo mundo. (Si el Eterno
Espectador dejara de soñarnos
un solo instante, nos fulminaría,
blanco y brusco relámpago, Su olvido.)
Nadie es la patria, pero todos debemos
ser dignos del antiguo juramento
que prestaron aquellos caballeros
de ser lo que ignoraban, argentinos,
de ser lo que serían por el hecho
de haber jurado en esa vieja casa.
Somos el porvenir de esos varones,
la justificación de aquellos muertos;
nuestro deber es la gloriosa carga
que a nuestra sombra
legan esas sombras que debemos salvar.
Nadie es la patria, pero todos lo somos.
Arda en mi pecho y en el vuestro, incesante,
ese límpido fuego misterioso.

Julio César Spota
Rector UNDEF